

El retorno a la plaza: un caso de estudio en Concepción (Chile)

O retorno à praça: um caso de estudo em Concepción (Chile)

The Return to the Public Square: A Case Study in Concepción (Chile)

Hugo Capellà Miterique*

Universidad de Concepción, Concepción – Chile

Resumen

La Plaza simboliza el vínculo entre sociedad y espacio, y define el lugar como una permanencia, más allá de la misma territorialidad. Los incidentes vividos en la ciudad de Concepción durante el mega-terremoto de febrero del 2010 han evidenciado el papel de la plaza como elemento simbólico garante de la identidad del lugar. Un análisis detallado de la evolución de los papeles desempeñados por la Plaza Perú en el momento del terremoto, así como en los días siguientes, nos permite ilustrar de manera empírica la permanencia territorial del concepto simbólico del lugar. Según este análisis, el lugar y la ciudadanía estarían unidos en la plaza por la identidad. La plaza permite la supervivencia del lugar y de una identidad colectiva cohesionada.

Palabras clave: ciudadanía, lugar, Plaza Perú, terremoto.

Resumo

A Praça simboliza o vínculo entre sociedade e espaço, e define o lugar como permanência, mais além da territorialidade em si. Os incidentes vividos na cidade de Concepción durante o megaterremoto de fevereiro de 2010 evidenciaram o papel da praça como elemento simbólico garantia da identidade do lugar. Uma análise detalhada da evolução dos papéis desempenhados pela Praça Peru no momento do terremoto, assim como nos dias seguintes, nos permite ilustrar, de maneira empírica, a permanência territorial do conceito simbólico do lugar. Segundo essa análise, o lugar e a cidadania estariam unidos na praça pela identidade. A praça permite a sobrevivência do lugar e de uma identidade coletiva unida.

Palavras-chave: cidadania, lugar, Praça Peru, terremoto.

Abstract

The *Plaza* symbolizes the connection between society and space, and defines "place" as permanence, beyond territoriality itself. The incidents experienced in the city of Concepción during the mega-earthquake of February 2010 have evidenced the role of the plaza or public square as a symbolic element that guarantees the identity of a place. A detailed analysis of the evolution of the roles played by Plaza Perú at the moment of the earthquake and the subsequent days makes it possible to empirically illustrate the territorial permanence of the symbolic concept of place. According to this analysis, place and citizenship are bound together by identity in the plaza, which makes possible the survival of the place and of a cohesive collective identity.

Keywords: citizenship, place, Plaza Perú, earthquake.

RECIBIDO: 13 DE NOVIEMBRE DEL 2012. ACEPTADO: 6 DE JUNIO DEL 2013.

Artículo de reflexión sobre la plaza que constituye el espejo sobre el cual se refleja la utopía de una sociedad. En el vacío urbano que representa una plaza pública, la ciudadanía puede constituirse como realidad. La plaza simboliza el estrecho vínculo entre una sociedad y su espacio, y define, en consecuencia, la dimensión del lugar como una permanencia, más allá de la misma territorialidad.

* Dirección postal: Departamento de Geografía, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Geografía, Universidad de Concepción. Castilla 160-C. Concepción, Chile.
Correo electrónico: hcapella@udec.cl

Introducción: el lugar de la plaza

La plaza entendida como *agora* representa la voluntad del consenso del espacio compartido (Habermas 1992) y, más allá de su forma específica, se erige como lugar. Comúnmente la visión sedentaria del territorio considera al patrimonio (material) como garante de la memoria colectiva, sin valorar la importancia del rol del lugar (topónimo) como permanencia atemporal. Así, por ejemplo, la Piazza Navona de Roma, que hoy es una bella plaza barroca, constituye un hito referencial que remonta al antiguo *stadium* romano. Más allá de sus distintas formas, la plaza ha permanecido en su función como lugar de encuentro de forma atemporal. La transmisión de la memoria colectiva ha permitido readecuar y adaptar su forma con el paso del tiempo, para mantener su función originaria de lugar (Hobsbawm 1998). En este caso, se observa cómo el lugar trasciende a la forma y se establece como una permanencia transmitida por la memoria colectiva. La ciudadanía se convierte en el transmisor vivo de la permanencia de la ciudad y, recíprocamente, la ciudad pasa a representar y definir la identidad de esa ciudadanía.

En el caso de Concepción, no obstante, la memoria colectiva no ve reconocidos los lugares propios en su ciudad, porque desde su fundación ha debido hacer frente a un promedio de dos mega-terremotos por siglo. En consecuencia, las reconstrucciones sucesivas de la ciudad han sido concebidas desde la urgencia de una territorialización ajena a las permanencias del territorio, lo que ha generado no lugares (Augé 1992). La ciudad, en este caso, no se vincula con su ciudadanía, al descuidar las permanencias y, recíprocamente, la ciudadanía no puede identificarse con la ciudad, al quedar su memoria al margen (Capellà 2011).

Esta disociación queda puesta de manifiesto en la desvinculación que hay en Concepción entre el lugar y su gentilicio, con lo que se refleja la imposibilidad de reconocer la memoria colectiva en el lugar. El obstáculo de aceptar las catástrofes naturales como parte propia de la memoria, a causa del proceso post-traumático, ahonda en el olvido del pasado e inhibe, en consecuencia, el papel protagónico de la memoria como transmisor de las permanencias. La ciudad (Concepción) y su población (Penquista) no se interrelacionan, con lo que se genera una compleja relación entre una ciudad impuesta por la reconstrucción material (concebida desde el exterior) y la memoria colectiva existente pero sin reconocimiento (tabla 1).

Tabla 1. Las refundaciones de la ciudad de Concepción.

Número	Año	Catástrofe
1	1570	Terremoto y maremoto
2	1657	Terremoto y maremoto
3	1687	Terremoto
4	1730	Terremoto y maremoto
5	1751	Terremoto y maremoto
6	1835	Terremoto (reubicación)
7	1939	Terremoto
8	1960	Terremoto (7,7° Richter)
9	2010	Terremoto (8,8° Richter)

Datos: bibliografía consultada.

Este curioso escenario permite estudiar, no obstante, los procesos inherentes a la formación de un lugar llevados a cabo por la colectividad, más allá de la forma urbana específica cambiante. El despojo de la forma evidencia la trascendencia del hito y del vínculo colectivo en el proceso de transmisión o legado del lugar. Este último pasa a ser entendido como el resultado de una construcción social determinada, que solo puede aparecer en espacios compartibles y de consenso, tales como la plaza (Lynch 1960). La plaza se convierte en el espacio público donde se puede, por un lado, forjar el consenso del espacio compartido y, por otro lado, donde el lugar espacial de la plaza se convierte a su vez en el garante del consenso social adquirido por su transmisión (Habermas 1992).

El hito

La concreción de hitos colectivos en la morfología urbana de Concepción es imposible, debido a lo efímero de su forma, como ocurre en el escenario de las posmetrópolis contemporáneas, cuya vorágine impide sedimentar hitos, tal como pasa en Los Ángeles (Soja 2000). Lejos de desaparecer, el hito pasa a ser entendido, por parte de la comunidad, desde la pervivencia de los lugares de forma silenciosa. De esta forma, los lugares, independientemente de su forma e incluso función, siguen estableciéndose como hitos colectivos para sus pobladores.

En el caso de Concepción, la memoria colectiva está basada en el olvido del pasado traumático asociado a los desastres naturales (Augé 2001). La permanencia del lugar es el fruto de una urbanidad que ha tenido que lidiar con e incorporar a la naturaleza. La pervivencia del lugar y su transmisión, más allá de la materialidad temporal, ha generado un curioso modelo de sociedad sedentaria,

estructurada en una memoria colectiva casi de tipo mítico (Marín 2002). Más allá de su materialidad, la relevancia del lugar permite establecer un arraigo a prueba de terremotos. Esa memoria ha persistido a pesar de no encontrar ningún referente urbano que la afianzara, puesto que las reconstrucciones partían de diseños ajenos territorializantes. Esto permite entender cómo en una ciudad reconstruida siempre por otros y sujeta a desastres naturales constantes su población puede seguir permaneciendo apegada y con una identidad bien definida.

La ciudad encierra, no obstante, unas permanencias invisibles que permiten reiniciar una reorganización social en los momentos de mayor anomia, como por ejemplo tras las catástrofes naturales. Estas permanencias son el pie de apoyo necesario para poder reconstruir la utopía social que se desvanece ante la realidad de un desastre natural (Steinglass y Gerrity 1990). Es ese el lugar que sigue presente cuando los sistemas de prevención, de seguridad y del Estado se han disuelto, precisamente en los mismos momentos en que cada individuo piensa en su supervivencia y deja de lado cualquier principio de ética o de racionalidad, dejando a abuelos o hijos detrás, en la fuga hacia la mísera supervivencia.

En esos momentos apocalípticos, dignos de cualquier escenario dantesco futurista de día del fin del mundo, es cuando aparece la razón necesaria para ver el día después. En ese contexto de pre-génesis colectiva, el lugar se transforma en el punto de apoyo y en la chispa necesaria para el nuevo principio. La memoria vital o de arranque se refugia en esos espacios y, tras el desastre, permite hacer renacer el lugar, transformándose en el verdadero hito (Ricoeur 2000). En el caso extremo de Concepción, la teorización de la identidad colectiva toma forma concreta y real en el hito que es la plaza, como en el mitológico primer día de la constitución del ágora griego en la Polis.

El vínculo

El vínculo entre el lugar y el grupo es fundamental en el proceso de identidad y garantiza la pervivencia de los elementos que lo componen. El lugar es el resultado de la ciudadanía con su espacio cotidiano (De Certeau 1980) y esta se fragua y resurge gracias al espacio del lugar.

La plaza, en su definición asociada al agora y no tanto como proyector del poder, como ocurre en las plazas de armas de muchos lugares de América Latina o en las plazas centrales de Europa, se presenta como el resultado de un estrecho vínculo entre el grupo y el lugar. En

esta visión, la plaza adquiere un carácter identitario que refleja el grado de participación y consenso ciudadano. En francés, justamente, el significado de lugar y así como el de identidad están tan estrechamente ligados, que terminan por expresarse con la misma palabra “*place*”. La plaza se convierte en el catalizador de la identidad, tanto impuesta por el poder sobre un nuevo espacio (Plaza de Armas) como resultado del consenso de sus habitantes (agora o foro). En ambos casos, se expresa el peso identitario de la plaza como causa o consecuencia de la interrelación del lugar con el grupo (figura 1). Para entender mejor la idea, puede retomarse el papel de muchas plazas periféricas, o vinculadas con las ferias, que se han establecido como lugares de encuentro para sus habitantes, al margen de la simbología del poder. En este caso, el objeto de estudio del presente artículo (la Plaza Perú en Concepción) es un ejemplo de plaza secundaria que va a establecerse como lugar por sus habitantes, al margen de las lógicas de poder de la plaza central de Concepción (Plaza Independencia).

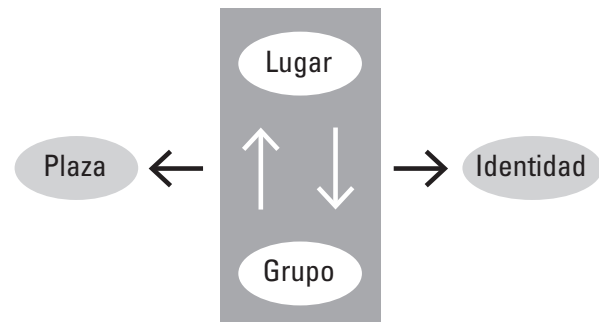


Figura 1. El vínculo identitario de la plaza.

Un consenso social

La Plaza Perú se convirtió el pasado 27 de febrero de 2010, durante el último terremoto que asoló a Concepción, en uno de los pocos puntos de la ciudad donde surgió un consenso social tácito. Mientras que la ciudad experimentaba un caos excepcional y ponía al descubierto las enormes brechas sociales que existen entre sus distintos habitantes, la Plaza Perú permanecía como espacio abierto, sin registrarse ningún tipo de altercado (Borja y Muxí 2004). A pesar de no haber ningún tipo de seguridad, la plaza no registró ningún incidente y se convirtió, por el contrario, en uno de los centros de refugio y seguridad para muchos habitantes desamparados, todo ello, mientras que en casi toda la

ciudad se vivía un clima de verdadera guerra civil, con asaltos, milicias y barricadas improvisadas, en un clima de pánico y violencia sin control, que fue ulteriormente definido como “terremoto social”.

A partir del testimonio directo de la vivencia en dicha plaza a lo largo del acontecimiento, se pudo observar, por ejemplo, cómo los negocios de la Plaza no fueron asaltados, a diferencia de lo ocurrido en el resto de la ciudad, incluso a pesar de que no hubiera allí vigilancia oficial ni milicias vecinales espontáneas como sí en algunos barrios. El apego colectivo a esta plaza que no es central, pero que es vinculada como el punto de encuentro de la comunidad estudiantil, debido a su cercanía con la Universidad de Concepción (una de las principales universidades con un campus abierto de la ciudad), así como escenario de las diferentes manifestaciones, la convierten en uno de los pocos espacios públicos sentidos por la colectividad como propio y, por ende, respetado. Este espacio, casi anónimo para la institucionalidad, se convierte en el refugio del alma penquista ante una catástrofe natural. La gente encuentra en dicho espacio la tranquilidad, a pesar de no tener más servicios que el resto de la ciudad. Es justamente la atracción colectiva hacia este referente lo que permite el reencuentro de la identidad colectiva y la reconstrucción de la utopía social penquista, a partir del intercambio directo y personal de la información entre los presentes (que en la plaza desde distintos puntos de la ciudad y convierten sus experiencias relatadas en la única fuente de información posible). Ante este contexto, solo el consenso social logrado en ese espacio es lo que permite entender el carácter de inmunidad de ese espacio sentido como lugar propio por todos (Habermas 1992). La Plaza Perú constituye un ejemplo de lugar sentido por el ciudadano y, a su vez, es un espacio de refugio que la comunidad respetará sin destrozar en medio de la emergencia (Smelser 1962) y el caos civil posterior.

El lugar del ciudadano

Para entender cómo se convierte este espacio en lugar, se toma el caso de la Plaza Perú, en Concepción, y se analiza el rol que esta desempeñó para la comunidad en el momento del último terremoto del pasado 27 de febrero del 2010. De esta forma se ilustra, desde el trabajo etnográfico por el testimonio directo accidental de la situación vivida por el propio autor, que reside en esta plaza, la importancia de concebir, a la hora de diseñar y territorializar la ciudad (Cottureau y Ladrière

1992), espacios que puedan convertirse en potenciales lugares para la ciudadanía.

La construcción del eje de la Diagonal fue concebida como una obra urbanística puntual para generar un espacio residencial destinado a los ingenieros extranjeros que llegaron a la ciudad tras el terremoto de 1939 como resultado del incentivo económico del Estado en un plan de reconstrucción. El plan se centraba en el establecimiento de polos industriales, como la Siderúrgica Huachipato (por medio del plan de apoyo económico estatal para la reconstrucción de la ciudad tras el terremoto del 1939, Corporación de Fomento de la Producción, CORFO), y además representaba un aporte humano para el desarrollo intelectual de la Universidad de Concepción. El origen mismo de la plaza surge como un proyecto inmobiliario ajeno a la ciudad tras un terremoto. No obstante, el proyecto urbanístico se concibió entorno a la apertura de un eje (Diagonal) que conecta este espacio con el centro urbano, así como en torno a una plaza situada al frente del Campus de la Universidad de Concepción. El sector residencial diseñado como parte de la trama urbana se integró a la ciudad con la apertura de negocios, cafés, con la realización de eventos (ferias semanales y anuales), con lo que pasó a convertirse paulatinamente en un verdadero punto de encuentro principalmente de la comunidad estudiantil, así como en un emblema de algunas manifestaciones y protestas que reflejan la historia reciente del país. La plaza, por haber sido muy bien construida tras el terremoto del 1939, resistió el terremoto de 1960. Todo ello ha convertido este espacio público en un referente general para la ciudadanía penquista (Entrikin 1991). De esta forma, ese espacio periférico de la trama urbana, diseñado con una función inicialmente residencial, ha terminado por ser asimilado por la ciudadanía como un lugar propio y seguro.

El espacio frente a la emergencia

En primer lugar, el carácter abierto de la plaza y la buena resistencia de los materiales atrajeron, desde el primer momento posterior al terremoto, no solo a vecinos de la plaza, sino incluso a gente procedente de puntos bastante alejados, mayoritariamente jóvenes que salían esa noche de algunos sectores de diversión (Barrio Estación o cerca de Manuel Rodríguez). La plaza se convirtió en un lugar de encuentro improvisado, donde personas de distinta procedencia y estatus social pudieron compartir sus primeras vivencias e informaciones que permitían reflejar la magnitud del

desastre, en un momento en el cual no había casi comunicación posible, ni siquiera por radio. A pesar de estar incendiándose con explosiones una facultad vecina a la plaza, la mayoría de los congregados sintieron una sensación de seguridad compartida que permitió restablecer la confianza en una sociedad que estaba en total anomia. Al llegar la luz del día, la gente se dirigió hacia sus respectivas casas o, ante la incomunicación, fue realojada por vecinos. En la segunda noche, la plaza sirvió como espacio para establecer un campamento improvisado, mientras que, a partir del tercer día, pasaría a ser el articulador de las primeras necesidades de emergencia del barrio, por ejemplo, sirvió como el punto de acopio de agua, debido a la pileta existente en esta plaza, así como el punto de distribución de agua desde camiones cisternas que llegaron paulatinamente en los días consecutivos.

Esta relación estrecha de la ciudadanía identificada con un referente urbano concreto generó una curiosa situación, casi paradójica, con respecto a la ola de saqueos y de inseguridad vivida en los siguientes días del terremoto. Así, mientras la mayoría de negocios de la ciudad y del barrio eran saqueados impunemente, y barrios se parapetaban ante una psicosis colectiva que auspiciaba aún mayor violencia e inseguridad, la Plaza Perú aparecía, curiosamente, como un lugar tranquilo, abierto y sin vigilancia alguna. La fuerza del referente colectivo llevó incluso a la paradoja de ver cómo los negocios de la plaza, incluso una codiciada licorería, no tuvieron ni un amago de saqueo, e incluso se llegó a dar el caso de camiones que se estacionaron en la plaza como punto de acopio del botín del saqueo general, pero sin tocar los negocios de aquella, mucho más cercanos. Este respeto hacia la Plaza Perú es la mejor prueba de la fuerza que ejerce un espacio cuando pasa a ser considerado como referente y lugar por parte de la ciudadanía, indistintamente de su condición social, de origen, etc. Este espacio durante el posterremoto se convirtió, sin lugar a dudas, en una de las mejores ilustraciones de la importancia de las permanencias para la ciudad desde su memoria colectiva. Este lugar fue el referente para su ciudadanía, mientras que afuera los espacios de anomia reflejaban los peores efectos de desconfianza hacia el prójimo y saqueo indiscriminado (Halbwachs 1968).

En los días posteriores, la desaparición y grandes desperfectos de muchos espacios de encuentro de la ciudad, tales como el barrio Estación o la misma plaza de Independencia (central), hicieron congregarse a muchos ciudadanos en la resistente Plaza Perú. La gente

venía de todas partes del Gran Concepción, con el objetivo de pasar un buen rato en este remanso ciudadano, casi al margen de todo lo vivido. Así, multitudes se agolpaban en las terrazas de cafés, restaurantes y negocios que abrieron sus puertas mucho antes que el resto, puesto que no fueron saqueados. Ello generó una euforia colectiva, esencial para el restablecimiento de la confianza básica para la ciudadanía.

Conclusión: la plaza, un lugar vital

A partir del caso expuesto, la plaza permite entender la importancia de los lugares en la ciudad, tanto en su dimensión física y espacial como en su dimensión política, en cuanto constructores de consensos sociales vitales para establecer una cultura urbana.

El espacio vacío que genera una plaza dentro de la morfología urbana de la ciudad representa un espacio vital para sus habitantes. Desde el punto de vista logístico, la plaza permite solventar una serie de funciones sociales vitales (espacio baldío seguro para pernoctar o estanque de fuente ornamental, entre otros). En el caso de estudio planteado, vemos como el carácter de espacio abierto aportó una seguridad y permitió un encuentro entre personas, indistintamente de su origen social. El espacio vacío se convirtió en ese momento en el único lugar seguro contenedor de gente. La plaza frente a la emergencia pudo responder a las expectativas de sus habitantes, con lo que reforzó los vínculos identitarios de sus ciudadanos. El sentimiento compartido realzó, igualmente, la dimensión política de la plaza en cuanto foro; esta es una perspectiva que no debemos descuidar. La plaza se convierte, del mismo modo, en el espacio social y público, así como en el espejo y termorregulador de las desigualdades urbanas. Los espacios públicos, y en especial plazas, sirven como hitos canalizadores de la memoria y del consenso social. Un espacio sentido se convierte en lugar compartido, creador de ciudadanía y urbanidad. La función de esos espacios debe ser, por consiguiente, revisada por parte de los urbanistas, al haber sido relegada durante largo tiempo por ciertas visiones que asociaban la plaza como un símbolo de recreación de modelos de poder. Dentro del pensamiento occidental de urbanidad, la necesidad del espacio público es esencial para la construcción de lugares y de ciudad (Descamp 1991). En pocas palabras, la plaza es la esencia misma de la ciudad y de la política (Berdoulay 2004).

En el presente caso de estudio se ha podido ver cómo la pervivencia del lugar, gracias a la memoria

colectiva, se convierte en el garante de referentes para la ciudadanía y encierra, en su misma espacialidad, la huella de la permanencia, aun en un contexto traumático como el de la ciudad de Concepción (figura 2). El referente pervive más allá de su forma, por ello, es

relevante entender los mecanismos que articulan esos procesos referenciales en la ciudadanía, para poderlos contemplar en el diseño de permanencias temporales en la espacialidad urbana, es decir, en la esencia misma del lugar (Nora 1993).



Figura 2. Vista de la Plaza Perú, en Concepción.
Fuente: Rockozh 2007.

Hugo Capellà Miternique

Licenciado en geografía y Doctor europeo en Geografía por la Universidad de Barcelona. Posdoctorado en Geografía Cultural por la Universidad de La Sorbona, Universidad París IV (Francia). Profesor asociado en Geografía e investigador en la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Geografía de la Universidad de Concepción desde el 2006. Sus líneas de investigación son geografía, cultura, política y urbanismo.



Excepto que se establezca de otra forma, el contenido de este artículo cuenta con una licencia Creative Commons “reconocimiento, no comercial y sin obras derivadas” Colombia 2.5, que puede consultarse en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Referencias

- Augé, Marc. 1992. *Non-Lieux, introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Paris: La Librairie du XXI^e siècle.
- Augé, Marc. 2001. *Les formes de l'oubli*. Paris: Rivages.
- Berdoulay, Vincent, Paulo Gomes y Jacques Lolive. 2004. L'espace public et l'incontournable spatialité de la politique. En *L'espace public à l'épreuve: Régressions et émergences*, eds. Vincent Berdoulay, Paulo Gomes y Jacques Lolive, 9-25. Talence: MSHA.
- Borja, Jordi y Zaida Muxí, eds. 2004. *Urbanismo en el siglo XXI: una visión crítica*. Barcelona: UPC-ETSAB.
- Capellà, Hugo. 2011. Des photos pour combattre L'oubli: le destin tragique de Concepción (Chili). *Revue Géographie et Cultures* 73:109-122.
- Cottureau, Alain y Paul Ladrière, eds. 1992. *Raisons pratiques 3: Pouvoir et légitimité; figures de l'espace public*. Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- De Certeau, Michel. 1980. *L'Invention du Quotidien. Arts de Faire*. Paris: Union générale d'éditions.
- Descamp, Christian. 1991. Espace public et communauté: introduction. *Hermès* 10:21-22.
- Entrikin, J. Nicholas. 1991. *The Betweenness of place: Towards a Geography of Modernity*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Habermas, Jürgen. 1992. Further Reflections on the Public Sphere. En *Habermas and the Public Sphere*, ed. Craig Calhoun, 462-479. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology.
- Halbwachs, Maurice. 1968. *La mémoire collective*. 2^{ed}. Paris: Universitaires de France.
- Hobsbawm, Eric. 1998. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Lynch, Kevin. 1960. *The Image of the City*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology.
- Marin, Louis. 2002. *Des pouvoirs de l'image: glosses*. Paris: Seuil.
- Nora, Pierre. 1984-1993. *Les lieux de mémoire*, 3 vol. Paris: Gallimard.
- Ricoeur, Paul. 2000. *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Seuil.
- Rockozh. 2007. *Vista aérea Plaza Perú*. <http://www.panoramio.com/photo/6537845> (consultado en noviembre del 2012).
- Smelser, Neil J. 1962. *Theory of Collective Behavior*. New York: The Free Press.
- Soja, Edward. 2000. *Postmetropolis: critical studies of cities and regions*. Oxford: Basil Blackwell.
- Steinglass, Peter y Ellen Gerrity. 1990. Natural Disasters and Post-traumatic Stress Disorder. *Journal of Applied Social Psychology* 20 (21): 1746-1754.